

FLACO SERVICIO AL REY

Por Luis VALLS TABERNER

Con asombro leí en la Prensa del viernes la satisfacción que produce el aumento de la popularidad del Rey. Huelga decir que a mí me alegra como al que más que el pueblo le venera.

Por querer al Rey como le quiero, me preocupa, sin embargo, que sus amigos se entretengan dedicándole encuestas y sondeos de opinión. Triste favor es el que hacemos al Monarca y a la Monarquía si los sometemos a las inevitables variantes del sentir popular.

A un jefe de Estado no vitalicio o a un presidente de Gobierno, sometidos periódicamente al escrutinio de las urnas, les resulta conveniente tener a mano el barómetro que registra el estado del tiempo y los cambios del mismo. En los meses que llevo en la montaña, después de una intervención quirúrgica, he podido constatar mejor que en Madrid la utilidad de disponer de ese instrumento de tanta flexibilidad «que se comba o se deprime según las variaciones de la presión atmosférica».

Está claro que un jefe de Estado vitalicio, un Rey como el nuestro, no puede poner puertas al campo ni debe prohibir que las sociedades anónimas especializadas se dediquen a hacer encuestas sobre el grado de aceptabilidad del Monarca por parte del pueblo soberano.

Pero a los que pensamos que la Monarquía puede ser causa de ese mínimo de estabilidad, que es muy bueno para quienes deseamos trabajar y vivir bajo un régimen atmosférico variable, de cambios, e incluso de borrascas moderadas, no nos compensa la satisfacción de ver crecer el favor popular cuando sabemos por experiencia que en todo hay altibajos. ¿Qué pasará el día que cambie la tendencia al alza en la bolsa de la popularidad real? Ahora no ayuda al Rey este certificado de buena conducta, pero sí le restaríamos autoridad cuando la encuesta pueda serle contraria.

No cabe olvidar que el Rey ha de reinar también con tiempo desfavorable. Este es un tema que entienden mejor los norteos que los que procedemos de las costas mediterráneas. Hago esta afirmación porque he sido muy montaraz y estuve siempre pendiente del tiempo, hasta que un amigo mío guipuzcoano me advirtió que para andar por el monte estar pendiente del tiempo era un prejuicio levantino. No le faltaba razón; los que viven en zonas de clima incierto no podrían salir al campo si quisieran hacer esto en buenas condiciones atmosféricas. Es problema de equiparse adecuadamente para poder andar de modo confortable por agreste que sea el terreno o por malo que se tome el tiempo.

Es un mal asunto si creamos en el pueblo el «prejuicio levantino» de que el Rey sólo puede reinar en condiciones atmosféricas favorables y estables.

Por suerte, el Rey es político. Nadie ignora que el político es la persona que sabe ver lo que pasará a largo plazo. Esto le permite condicionar el futuro o cuando menos preveerlo. A los que desconozcan la anécdota quiero contarles un suceso de hace algunos años que ahora viene al caso. Por primera vez en mucho tiempo un grupo de universitarios se manifestó ante el Rectorado de la Universidad de Santiago al grito de «¡Muera el S. E. U., viva el rector!» Las autoridades académicas no estaban acostumbradas a esa novedad. Para salir del atolladero, al-

gunos profesores aconsejaron al rector que se asomase al balcón y acallase a la masa estudiantil que parecía estar a su favor. El rector, con criterio político de largo alcance, rechazó la sugerencia de sus amigos con una frase lapidaria: «¿Qué necesidad tengo yo de que me vitoreen?»

Si Dios da larga vida al Rey—de acuerdo con la fórmula medieval de invocación al Monarca al recibirle y al despedirle—, ¿qué necesidad tiene de que le vitoreemos, si esto lleva consigo la contrapartida de vilipendiarle cuando la bajamar se produzca?

El Rey tiene que estar por encima del aplauso y de la censura.—L. V. T.